

# Violencia de género, sexo transaccional y VIH/sida: vértices de un mismo triángulo

Por Gilma Gómez Veloz.  
(Máster en Psicología Social y Comunitaria. Pinar del Río)

(Especial para **No a la Violencia**)

*“La historia es hecha de pedazos de vida”.*  
Charles Chaplin.

## El desafío de la complejidad...

Decía Jorge Luis Borges: *“No hay en la tierra una sola página, una sola palabra, que sea sencilla, ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad”.*

Si tuviera que caracterizar con una palabra el fenómeno de la violencia de género diría sin dudar “complejidad”, pues no hay una sola arista que no se torne compleja desde su acercamiento desde la ciencia, la reflexión, el abordaje o la vivencia.

Por eso, tratar de delimitar un campo de trabajo respecto a la problemática de la violencia de género no es tarea fácil. Hasta para los profesionales más entrenados es un reto porque, como toda delimitación, tiene de arbitrario y brinda posibilidades y limitaciones.

Sin negar esta realidad y con la fe puesta en los aportes que emergen del compartir experiencias de vidas ligadas a este fenómeno, me uno como profesional comprometida con el desarrollo social y el bienestar humano, al entretejido de manos que labran por la equidad, compartiendo la síntesis de una práctica profesional en la que convergen la violencia de género, el sexo transaccional<sup>1</sup> y el VIH/sida.

Precisamente, en los análisis epidemiológicos realizados desde el surgimiento del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) en Cuba, se han identificado entre las personas que practican sexo transaccional las tasas más altas de infección, en comparación con otros grupos sociales. Se desconoce todavía el alcance real de esta actividad y su repercusión en los índices de la epidemia, debido a que en las personas involucradas en este ejercicio sexual persisten temores de develar sus prácticas por las implicaciones sociales y legales que ello conlleva.

De ahí que la vulnerabilidad a la infección por VIH de las personas vinculadas a esta práctica sexual está condicionada por varios factores psicosociales. En opinión de ONUSIDA, priman *la estigmatización, el acceso limitado a medios de prevención, la explotación sexual y la exposición a riesgos asociados al modo de vida*. Aunque en nuestro país la realidad es diferente, las personas que practican sexo transaccional también son consideradas un grupo vulnerable en el que coexisten los diferentes tipos de vulnerabilidades que caracterizan a otros grupos de riesgo; tales como la discriminación, la inequidad entre los sexos y la violencia de género.

---

<sup>1</sup> **Sexo Transaccional:** Se define como la transacción comercial que requiere por lo menos de la intervención de dos personas, una de las cuales, hombre, mujer o transexual, proporciona servicio sexual a otra, a cambio de dinero, bienes o servicio, que poseen valor monetario. (Organización Mundial de la Salud, 1989).

Para trabajar sobre estas vulnerabilidades y atenuar el crecimiento de la epidemia en esta población, surge la Estrategia Nacional de Prevención de Sida en Personas que Practican Sexo Transaccional; fenómeno de profundas complejidades por sus implicaciones psicológicas, sociales, morales y legales, que es abordado en Pinar del Río desde 2008.

En el afán profesional contribuir a la prevención del sida en este grupo vulnerable, se presenta la necesidad de abordar esta práctica sexual desde la mirada investigativa y asumimos el reto de estudiar el fenómeno desde las percepciones sociales, por las potencialidades que estas tienen para expresar los sentidos psicológicos de los sujetos acerca de su realidad social. Los objetivos de la investigación fueron explorar la percepción social acerca del sexo transaccional que refieren un grupo de mujeres y hombres vinculados a esta práctica.

Es inimaginable “la riqueza” que se puede extraer del abordaje científico de cualquier fenómeno social. En particular, la forma en la que se manifiesta la violencia de género en la práctica del sexo transaccional demanda romper silencios sobre realidades inadvertidas, sutiles y escabrosas que laceran la vida de innumerables personas.

Así, la investigación tomó por título “Rompiendo silencios y sus resultados” revelaron vivencias marcadas por la violencia de género, unas veces visibles y otras más ocultas; pero –y resulta lo más lamentable- mayoritariamente inadvertidas para sus propias víctimas, quienes no son conscientes del maltrato que padecen.

Desde la integración del análisis de las técnicas, donde se muestran percepciones consensuadas, divergentes y contradictorias en torno a la práctica del sexo transaccional, resaltan importantes aprendizajes que retan a la acción en pos del enfrentamiento de la violencia contra la mujer.

Llama la atención el consenso del grupo investigado en relación con la que identifican como el principal sujeto de la transacción sexual. Si bien el sexo transaccional es una práctica que incluye un amplio grupo de personas que juegan diversos roles, es percibido como una práctica sexual *desempeñada fundamentalmente por las mujeres*.

Igualmente, el grupo de hombres que tienen sexo con otros hombres (HsH) también fue identificado como otros sujetos importantes de la transacción sexual, pero se consideró que estos juegan un rol menos protagónico como parte del fenómeno.

Llama la atención, además, que los hombres heterosexuales no fueron percibidos como sujetos de la transacción, pues aunque el grupo encuestado reconoce que los proxenetas y jinetes pueden practicar sexo transaccional, no se auto-perciben como prostitutas. Estas percepciones tienen como sustento construcciones de género desde las cuales el grupo estudiado pauta diferencias en las prácticas sexuales entre uno y otro sexo.

Resaltaron también en el análisis apreciaciones contradictorias entre mujeres y hombres acerca de la importancia del papel que desempeñan estos últimos dentro de la práctica, fundamentalmente el llamado *proxeneta*, pues las mujeres perciben que este no siempre es necesario en el ejercicio de la prostitución. Mientras, los hombres consideran que su rol es imprescindible para ellas.

¿Reflejan estos resultados alguna realidad conocida y vivida dentro de otros escenarios de interacción social como la familia, el trabajo, la calle?

Ciertamente, el ser las mujeres las principales sujetos de transacción y, en cambio, auto percibirse los hombres como “imprescindibles” para la práctica del sexo transaccional muestra la presunción de la dominación hegemónica de la que muchos hombres todavía hoy hacen gala.

Por otra parte, al abordar las consecuencias de la práctica del sexo transaccional emergen percepciones divergentes sobre el maltrato.

En el caso de los hombres, ellos reconocieron que el ambiente en el que se desenvuelven a menudo les ha obligado a adoptar conductas violentas hacia las mujeres que no cumplen adecuadamente su papel dentro de la práctica, o no cumplen los acuerdos convenidos; pero también hacia otros hombres por la competencia en el desempeño del rol dominador.

Las mujeres, por su parte, narraron situaciones en las que se situaron siempre como víctimas de la violencia ejercida por los hombres que participan en la práctica del sexo transaccional, independientemente del papel que jueguen como controlador o proxeneta, o como clientes.

Como en otros escenarios sociales, dentro de la práctica del sexo transaccional se visualiza un ejercicio de la violencia que refleja la asimetría existente en las relaciones de poder entre mujeres y hombres, en la que se perpetúa la subordinación de la mujer y se reproducen el desequilibrio y la inequidad de género.

El análisis comparativo de los resultados evidenció también que el género es una mediación que marca las diferencias en la percepción social del sexo transaccional, pues esta asume formas de expresión diferentes para uno y otro sexo, en función de los roles asignados socialmente en cada caso.

De manera similar, el sistema sexo-género que desde el soporte patriarcal establece relaciones basadas en la asimetría, el poder y el control, también caracteriza la práctica del sexo transaccional, entendiendo el poder como la posibilidad de dominio que tienen los hombres sobre la vida y las actividades de las mujeres vinculadas a esta actividad. Una práctica que las convierte en víctimas de restricciones, normas y contratos y que las subordinan no solo ante el hombre con el que establecen el contacto sexual, sino además ante los que mantienen el control de la práctica.

Buscar respuestas y salidas a esta situación se torna particularmente complejo, pues pasa por las muchas mediaciones que inciden en lo que significa la violencia para cada mujer. Y es que muchas de las mujeres vinculadas a la práctica del sexo transaccional no conciben como violencia de género las cotidianas vivencias de sumisión, de reproches y maltratos en las que están envueltas, y lo que es aún más complejo, hay muchas que ni tan siquiera conciben como una necesidad y un derecho actuar desde la contraviolencia, pues viven inmersas en un círculo evasivo que les genera una familiaridad acrítica: es tan común la violencia de género en sus vidas que se han acostumbrado a ella.

Sin dudas, no es un empeño fácil. Responder a la violencia pasa por el filtro de lo aprendido en los espacios de socialización, de los patrones culturales de cada contexto, de las peculiaridades de las experiencias violentas que se viven y, en este caso, de las características personalológicas de cada mujer.

Urge, pues, aunar esfuerzos para entrenar a las mujeres vinculadas al sexo transaccional a formular sus propias respuestas a la violencia de género; es vital el empeño de todos para apostar por el cambio de prejuicios en quienes consideran que estas mujeres se merecen el maltrato porque sencillamente se lo buscaron cuando decidieron iniciar la práctica; y es un deber de los profesionales de diferentes disciplinas identificar dónde quedan aún brechas entre mujeres y hombres y develar las asimetrías de poder.

El empeño es costoso, sobre todo ante la convergencia de problemáticas tan complejas como el VIH/sida, el sexo transaccional y la violencia de género; pero siempre habrá personas atrevidas, dispuestas a hacerlo realidad, pues como señala Carol Becker: *"...siempre hay algunas personas creativas, lo suficientemente*

*aventureras como para romper las reglas con el fin de aportar otras nuevas a la existencia. En ellas, la pasión y la necesidad de producir cambios es mayor que el temor a la ansiedad que esto pueda crear...".* Abramos la muralla no solo al trabajo con las mujeres, sino también con los hombres, recordando que nada justifica la violencia, nadie merece ser maltratado y nadie tiene el derecho a maltratar.